

AGENDA CIUDADANA

AYUDA

Lorenzo Meyer

Un Tema tan Central como Ambiguo.- Para el presidente norteamericano Richard Nixon la naturaleza del problema era muy clara: “La ayuda externa es la cosa más impopular del mundo. Políticamente es una pérdida” (Observer, 21 de abril, 1985). Por tanto, entre menos ayuda se diera, mejor. Sin embargo, esa visión “realista” se ha modificado sustancialmente a raíz del impresionante *tsunami* que barrió las costas de una docena de países asiáticos y africano el 26 de diciembre pasado y que hasta la fecha arroja, entre sus resultados, 150 mil muertos, medio millón de heridos y hasta cinco millones de personas sin hogar y sin sustento, entre ellos millón y medio de niños. En un primer momento, Estados Unidos se comprometió a aportar apenas 15 millones de dólares para ayudar a los damnificados, pero cuando el anuncio de suma tan irrisoria provocó una andanada de críticas internas y externas, Washington rectificó y al momento de escribir estas líneas su compromiso se ha multiplicado por veinte y asciende ya a 350 millones de dólares, además de que la armada norteamericana ha movilizado varias unidades para tareas de auxilio inmediato. Y es que en las condiciones actuales, el error político es el no contribuir generosamente a ayudar a los afectados por un sismo de 9 grados con epicentro en las costas de Indonesia y que produjo olas monstruosas que arrasaron poblaciones enteras. Y lo anterior no es verdad sólo para Estados Unidos y las otras grandes potencias económicas, sino también para países como el nuestro. Hoy lo ética y políticamente correcto es dar lo posible, sin regateos, mezquindades y sin retraso.

De entrada y en relación a México, hay que decir que el ofrecimiento de cien mil dólares al fondo internacional de ayuda es, en términos relativos, tan tacaño como la oferta

inicial de Estados Unidos. Para ponerlo en perspectiva, esos cien mil dólares son menos que el sueldo nominal anual de un consejero del IFE. Es obvio que nuestro país no puede aportar al fondo de ayuda con la prodigalidad de Japón –500 millones de dólares— pero la “novena economía mundial”, como gusta el presidente Vicente Fox de referirse a nuestro país, tampoco puede conformarse con aportar la centésima parte que Portugal, país que ya ofreció 11 millones de dólares, según datos de la ONU. Hasta el momento, la comunidad internacional ha ofrecido dos mil millones de dólares al esfuerzo de ayuda, obviamente el gobierno mexicano puede y debe hacer mucho más de lo que hasta hoy ha hecho.

Dos Morales.- De acuerdo a la ética cristiana que supuestamente domina en México y en Occidente, el auxilio a los desamparados debe de darse como obligación moral, de manera discreta “sin que tu mano derecha sepa lo que hace la izquierda” y sin esperar reconocimiento ni recompensa, al menos no en este mundo. Desde luego que la práctica muchas veces no corresponde al principio, pero éste se mantiene. Sin embargo, las naciones no son personas sino entidades colectivas que, por su naturaleza, están envueltas en una incesante lucha de poderes y por tanto su comportamiento es distinto. En tanto sistema político, México debe dar y publicitar muy bien el donativo.

Como individuos, podemos contribuir anónimamente a una de las varias organizaciones internacionales con una larga historia de ayuda en caso de desastre en cualquier parte del mundo, como es el caso de la UNICEF, la Cruz Roja Internacional o Médicos sin Fronteras, por sólo mencionar ejemplos bien conocidos. Sin embargo, como país, se tiene que actuar de manera diferente, casi opuesta. Para cualquier gobierno, la ayuda destinada al exterior tiene que ser parte del proyecto internacional, y nunca un actor político da algo a cambio de nada. De ahí que la ayuda que unos países dan a otros se

publicite y se condicione, pues su objetivo no es ganar algo en el “más allá” sino aumentar su influencia y prestigio en el “más acá”.

La Historia Reciente.- La llamada “ayuda humanitaria” institucionalizada es un fenómeno relativamente nuevo. Después de la II Guerra Mundial, este tipo de transferencia de recursos de los países más ricos a los más necesitados, ya fuese para aliviar su pobreza crónica o para enfrentar tragedias causadas por desastres naturales, se vio influida por la lógica de la Guerra Fría. Fue por mostrar las bondades de sus respectivos sistemas político y económico, que Estados Unidos y sus aliados capitalistas o la Unión Soviética y sus aliados socialistas, efectuaron sus programas de ayuda internacional. Como lo muestra la cita inicial de Nixon y las consideraciones teóricas de la escuela realista de política internacional (ver al respecto a Hans Morgenthau, Politics Among Nations, Nueva York, 1962, pp. 534-536), ninguno de los donantes se hizo ilusiones sobre los efectos reales de la ayuda misma, pero la lógica de su confrontación les llevó a crear grandes burocracias encargadas de la administración de estos recursos, que eran parte de su campaña de defensa y propaganda.

En el caso de países ricos pero pequeños y sin pasado colonial inmediato, como los escandinavos, la política de ayuda externa está más cerca de la actitud ética y desinteresada que se encuentra en el ideal cristiano occidental. Sin embargo, incluso en esos casos, el elemento explicativo central de los programas de asistencia al exterior sigue siendo político y no moral.

Estados Unidos, en su calidad de “única nación indispensable” –esta es una autodefinición empleada por el ex presidente William Clinton--, hoy está urgido de contrarrestar su imagen de agresividad imperialista, especialmente entre las masas islámicas ofendidas por su política en Palestina, Arabia Saudita, Afganistán e Irak. Es por ello que finalmente el presidente George W. Bush ha considerado conveniente mostrar en

Asia la cara amable y generosa del “conservadurismo compasivo” norteamericano. De ahí el envío bien publicitado a la zona del desastre del secretario de Estado Colin Powell y del hermano del presidente, convertido por su experiencia como gobernador de Florida en un experto en desastres naturales.

En proporción, México no debería hacer --y ser-- menos que los países ricos. Nuestro gobierno tiene la obligación de hacer notar su presencia en el teatro mismo de la catástrofe con el envío de representantes y ofrecer recursos y propuestas significativas, sólo así podrá reafirmar que había sustancia internacional en sus empeños del pasado reciente por sentarse en el Consejo de Seguridad de la ONU o su actual insistencia en hacerse con la Secretaría General de la OEA, por ejemplo.

Una mayor presencia de la que hemos tenido hasta ahora en la ayuda a los afectados por el terrible maremoto en Asia, debería hacerse claramente dentro del marco de la Organización de las Naciones Unidas. Ello permitiría subrayar la importancia de la organización internacional en un período en que la política norteamericana busca por todos los medios debilitarla y desprestigiarla, justamente porque la ONU y particularmente su Secretario General, Kofi Annan, han sido de los actores internacionales que de manera más clara han puesto en duda la legitimidad de las actuales políticas imperiales de Washington en Irak. En la presente coyuntura, el interés nacional mexicano es bien servido en la medida en que la ONU se mantenga en el centro del debate sobre las reglas que han de regir el sistema internacional en la época de la hegemonía militar norteamericana.

¿Candil en la Calle y Oscuridad en la Casa?.- Más de uno podría cuestionar la lógica y la moral de lo aquí sostenido. Se puede afirmar que sí bien es cierto que los dineros públicos mexicanos --de entrada, muy escasos-- deben de emplearse en el auxilio de los

necesitados, también lo es que las oportunidades más amplias se tienen en casa, y que no hay que atravesar el Pacífico para hacerlo.

Fue precisamente ese argumento el que la derecha mexicana usó para criticar la decisión del entonces presidente Lázaro Cárdenas de ordenar que en 1937 el gobierno mexicano se hiciese cargo de trasladar a México y cuidar de un número relativamente pequeño de niños españoles —456— cuyos padres habían desaparecido o habían decidido separarse de ellos para ponerlos a salvo en nuestro país de los efectos de la guerra civil.

En el México de los años treinta del siglo pasado como en el de hoy, abundaban niños pobres y abandonados a quienes sin duda les hubiera venido muy bien tener un lugar en el internado de Morelia, donde los pequeños españoles contaban con una cama y un baúl para su ropa y zapatos, con comida adecuada, educación formal y atención médica. Y sin embargo, la decisión de Cárdenas de asignar recursos públicos para los llamados “niños de Morelia” estuvo más que justificada en función de los principios que México, como conjunto nacional y a través del gobierno y del régimen al que pertenecía, decía defender en la arena internacional. Se trataba, dentro del marco general de pobreza de un México que estaba apenas superando los efectos de una cruenta guerra civil, de mostrar solidaridad con otra comunidad que en Europa no sólo sostenía una lucha similar a la mexicana —la izquierda republicana contra la sublevación del ejército profesional, de los representantes del capital, del latifundio, de la monarquía y de la Iglesia Católica, entre otros,— sino que estaba siendo afectada por las acciones u omisiones de las grandes potencias, que en el escenario español jugaban sus propios intereses. Al final, en un México pobre, de casi 20 millones de habitantes, los pocos dineros empleados en beneficio de menos de medio millar de niños españoles, no hicieron mayor diferencia en el destino general de los mexicanos. En

contraste, y aunque la República Española sucumbió, el gesto del presidente Cárdenas dejó una huella simbólica importante, y aún hoy es punto de referencia.

Para que México pueda hablar con autoridad moral y política en nombre propio y del enorme mundo del subdesarrollo al que pertenece, debe de mostrarse clara e inteligentemente generoso con otros países pobres, en particular con aquellos donde indicadores como el ingreso per capita (IPC) muestra que, en términos generales, están en condiciones más difíciles que las nuestras. Tal es el caso de Sri Lanka, con un IPC seis veces menor que el mexicano, de Bangladesh, con otro catorce veces más bajo, de Somalia, con uno equivalente a una cincuentava parte del mexicano; y podemos recorrer la lista e incluir a Indonesia (ocho veces menor), a Tailandia (cuatro veces menor), a Maldivas (dos veces menor), etcétera.

En suma, no sólo hay que estar dispuesto a ayudar a otros, sino también a saber como ayudar. Los fondos deben de darse con sentido político pero con responsabilidad, de tal manera que se maximice su beneficio y se minimicen las numerosas oportunidades de corrupción. En esta materia, la experiencia mexicana podría y debería ayudar para que otros no hagan allá lo que con frecuencia algunos hacen acá.

Conclusión.- Para que México pueda hablar con autoridad sobre la protección y consideración que se debe de dar a los trabajadores mexicanos indocumentados en Estados Unidos debe mostrar que ya está a la altura de las circunstancias en el trato que otorga a los centroamericanos indocumentados que están o pasan por nuestro territorio. Para exigir desde México que las grandes potencias respeten ese patrimonio de todos que es el medio ambiente, debe mostrar que está activamente protegiendo lo que le corresponde. Si México desea que sean las Naciones Unidas y no las acciones unilaterales de una gran potencia las

que impongan el orden en el mundo, también debe estar dispuesto a contribuir a las fuerzas de paz de la ONU. La mejor prédica política es el ejemplo.

Lo limitado de nuestros recursos materiales no es excusa para minimizar nuestra contribución al fondo de ayuda para los menos afortunados que nosotros. Una política de solidaridad internacional efectiva no es sólo un imperativo moral, sino una forma de servir a nuestro propio interés nacional, pues nunca sabremos cuando nos tocará, de nuevo, tener que recurrir a la solidaridad externa.